

Poemas del Mar

Fernando Cerceau

Año 2008

© AC Editores

).

Título: Poemas del Mar

Autor: Fernando Cerceau

Primera edición: 500

Depósito Legal: If04120088001589

ISBN: 978-980-12-3163-9

Diseño de portada: Jorge Magmar

Diagramación: AC Editores s.a. ©

Edición: AC Editores s.a. ©

*¿Quién dio al pino y la haya atrevimiento
De ocupar a los peces su morada,
Y al Lino de estorbar el paso al viento?*

Quevedo.

Mar, vástago de hierro

Veo el árbol, el arbol
por entre sus gajos.
Me ilumina con bermejo brillante,
me encandila
y crujen las ramas
cuando pasa el sol.

El ánimo subviene al paisaje.
Las nubes son el invento
de un emigrante
que halló asilo
entre los manglares del estiaje.

Escucho ahora cetrinas melopeyas
de aguas furiosas
golpeando la piedra en el río
manso de tormentos
siento la herida estigia
que hace el hilo
cuando corta como el viento.

*

**

Contéstame.

¿Retoñarás esta vez, rey de la sombra,
siendo el mar de los mares, agua ponzoñosa,
siendo el mundo de los mundos, sol de las quemas?

Siempre dedicarán un verso
a tu tallo de cristal
miles de poetas fugaces
para hacerte inmortal.

*

**

Mar de Colombia

Arden unos pobres, exiliados.
Burlan el mal y escapan aquí, forzados
A otro mal, donde igual moran y mueren, quemados;
Nadie quiere saber de su suerte.
Dan todo por nada, la vida por la muerte.
Oran a un Dios desgraciado y sordo,
No saben si están aquí, si en un barco, si en el lodo.
Ahora, unos minutos después, mañana,
Dentro de un mes, será lo mismo en las caravanas.
Oirán disparos y escaparán de las fieras,
Sin rumbo, sin sueños, tal vez a estas tierras.

Aman esta libertad.

Besan la arena, tocan las **palmas**

Atroz se ve a la distancia, la **maldad**;

Norte y sur lleno de **armas**.

Desafortunado pensar, de donde vienen, **retornar**

Olfateando túneles de **miseria**.

Nunca sabrán ¿por qué la **guerra**!

A generales, a comandantes, no quieren **regresar**

De ellos está hecho el **odio**

Orgullo nacional.

Sed y hambruna, son pobres, es **igual**.

Mar de asimetrías

(a Pablo Fierro)

He sido siempre un hombre agradecido
evitando omitir cualquier gesto de reciprocidad,
aunque parezca, hoy,
un acto subalterno -extrañamente humanitario-
como la caridad, la que rueda en el asfalto y se va,
buscando, en complicidad de las miradas
de tantos jueces hambrientos,
proverbiales parodias de aquel humano,
que de tanto serlo, es homicida por momentos.
Sin embargo me encuentro como un barco
encallado en un muelle poco visitado
solitario, diría;
donde nadie me espera, de donde nadie me despide
a donde no voy;
solamente estoy varado entre las aguas
de un mar más grande que mi fantasía,
que el mundo con el que he crecido;
un océano sin costas donde golpear su rabia.

Entre estos espejos enfrentados
ya no luce el infinito simétrico;

veo el final del túnel de las réplicas
y se acaba, agotando el espacio
que parecía interminable,
como el infierno de las olas perpetuas
que anclaron todo mi equipaje.
Si salir puedo, algún día, de estas jaulas marinas
escribiré algo para encajarlo
en una botella que, desde aquí,
se ve vacía;
y quizá no sea una carta,
una nostalgia de ventisca ni un sueño.

Ha de ser, seguramente, este poema;
escrito con las mismas palabras,
en el mismo orden, con las mismas fallas.
Lo que no sé decir, aquí, ahora,
lo que unos versos ahogados no pueden asir
con sutiles formas, armónicos, serán una sorpresa
para quien pise en el agua, mi torpeza. ¿Qué habrá entonces
-en mi memoria de fenómenos amputados-
cuando mire las rocas, las playas,
que hoy sólo adornan esta pequeña ventana de cárcel,
de forzada esperanza?

Ese día, si llegare a ser tan real
como la prisión que me obliga a venerarlo,
he de contar los pasos que me separan

de mis caminos de tierra,
de mi casa que no deja de cuidar mis pensamientos.

Si tan sólo fuese poeta habría luces
en cada huella que dejara a merced de los vientos,
sobre una supuesta playa; ¡ay de ese día, si llegare pronto!
antes que muera el mar o yo muera en su fondo.

Mar de la nube roja

Dicen:

Saben, bien lo saben, sin embargo preguntan
para que el mal no salga de sus bocas
-sucias boquillas de clarinetes-

que pretenden despertar cada mañana
un mundo de gente... inocentes, vagos, indigentes,
y otros tantos solitarios que perfuman
y repugnan en los puentes;

sin embargo preguntan, aunque bien lo saben,
para esconderse del juicio
-de quién, de cuáles, nadie sabe-.

... y dicen otros:

Nube roja, error del cielo
sabes más que todos
los que vivimos sobre el suelo.

Trae tu lluvia,
lava esta ignorancia y
dile a estos juncos
que se ahoguen en tu agua.

Aquí, todos saben más

de tu pomposa esperanza
que de sus tristes mezquindades.
Saben, bien lo saben,
que mienten cada vez que mandan
como todo el que manda
e ignora que miente.
Quítales el sol, pedazo de cielo
con tu borrosa nada que flota serena.
Diles, por lo menos, por qué no alcanza
que te alaben con inútiles palabras.
Muéstrales, aura bermeja,
cuán lúcido ha de ser el hombre
que diga saber acerca de tus quejas;
explica con palabras incorpóreas
(como cada parte de tu esencia)
qué poco mandan los que dicen que saben,
qué poco saben los que dicen que mandan.

Así, quizás, lleguen días otoñales
de nubes grises, de miedos minerales
y una espalda de cuerpo extraño
sin mostrar su rostro nos advierta
que vendrán tiempos mejores a tu reloj de estrellas.

Pozo de brazas, encendidas por locos,
que llueven como el ácido, y se venden como la miel
y se irán, cuando yo me vaya;

te apagarás como un volcán, sin mi regreso;
en tu oscuridad morirá la que fue fiel,
la de pocos; la imagen de yeso
que nació de las llamas.
Que quiso ser de piel,
que viviría para morir
por un beso.

Saben, bien lo saben,
e imaginan, pero sin ser sabios.
Creen que saben más
de lo necesario
para ver y entender
qué lejos está el mar de los agravios.
Olas incesantes, mareas altas y bajas,
fuerza de un mundo,
no puede haber algo tan malo en ti,
en un recinto de temerarios
que intuyen y desafían tu poder.
No, y aunque bien lo saben,
un día, han de beber
de tu mezcla malsana,
por miedo a tu tosca armadura;
y tú, amante de los duelos, has de ver
quizá mañana, al bueno, al malo, igual que ayer,
nacer, beber y morir entre tus lados,
al sabio que adjetivó “feroz” a tu hermosura.

El mar, espejo de vidrio y cielo

Centones de coral, humo de barcos
gritos de mansos delfines baleados;
rincones de albañal, zumo de fangos.

Capos, ruines, al mar –congelados-
se embarcan para atrapar, por mayoría,
la cesta llena de sal, hoy alimento,
y derramar, para vivir el día, un día,
la infecta arena del mal como cimiento.

Entre tanto herrumbre de abandono
duermen para no morir las esponjas,
desechos amarillos, que con tu azul no hacen verde
por temor a eso que es vivir, entre las rosas.

Maltrecho, sin brillo, aún alguien puede verte:

“Oasis inmenso, varado en este mundo
que has puesto la carne en el agua;
nuestra praxis fue mostrarte inmundo
y taparte con un muro mientras la arena fragua.

Haz, con tanta fuerza contenida,
que se parta esta tierra insana
y te devuelva algunas joyas tu querida,
que poco, casi nada, te ha dado esta sangre humana.”

El sueño epitáfico de Aarón

-primeras imágenes-

Cuán rugoso está el paisaje
hoy, cuando por fin pueden verse
las trenzas del pinar, haciendo suelo.

¡Vamos Aarón, hay que salir
a recoger la sabia! ¡vamos harón,
no abandones tu alma por huir
que el mundo, por grande que sea
no dará albergue a todo el mundo,
sea lo que fuere lo que veas!

Tu misión, y la mía de contarla
son el conato famoso entre los justos;
tu corazón me obliga a transportarla
al rincón de los arbustos
del jardín que crece a tu paso,
que rodean los tordos,
golosos paños negros de raso.

Si quieres puedo llevarte
hasta la costa marina.

Puedo mostrarte el ocaso y regresarte.
Tengo la voluntad sorda, atrapada
en mi cuerpo sonoro, llorando;

logró ver el sol contigo, mi alma esmerada
cual gaviota; descubrió el fondo traslúcido de sal
entre sombras, en espiral. De día descubrió el matiz,
cruzando el mundo, maíz de metal.

-imágenes de madrugada-

Has nacido y has muerto;
entre las acacias ha nacido un almendro;
perdió sentido el bosque, luce yerto;
el pájaro que te ha embrujado
desde la nave dorada
homogéneo como el mar, te ha dibujado.

Viejo marinero, cruel ha sido
contigo esa pintura de arenas
en desiertos, en figuras has muerto y has vivido.
¡Sueña!, te dicen los murmullos
¡apresúrate a vivir esa evasión!
di lo que dice tu cripta escondida entre capullos;

“Aquí yace Aarón, perdido,
un curandero, un rey falso,
un faraón olvidado, un bastón herido”.

Aunque despertares, entre la cal y la piedra,
en un palmar, a orillas del bebedero,
será sólo tu recuerdo quien vuelva a la tierra.

Aquí yaces, bajo la arena
como cualquier sueño al sol;
así te hablo yo, que no soy tu amo ni tu pena.

-reflejos y memoria del sueño-

Hombre del cabello lacio,
¿con cuál de estas mentiras que te evocan
has escrito tu epitafio?

Mar del viajero

Hoy te miré, miraba el agua
son casi las dos, pasó el mediodía
no sé si vi un barco llegar.
Entre azules colmando brisas
saliendo de cuevas, descoloridas
camino perfumado por algas.
Y recorriendo laberintos de amatistas
me acuerdo de las tanzas,
de los ríos que se derraman
como la voz del barquero
que nunca supe si hundió en corales
-lo que dicen los viajeros
hay que estar seguros-, un ancla.

El Piano

Suena mi piano como una voz que lee un poema,
seducida por tu provocativa escena al oscuro
donde se animan los misterios a sentir su amoroso ronroneo;
y estancado en el aburrimiento del sol –apenas protagonista
del vaivén de los colores –

cuando la siesta agobia y rompe los encantos
aparecen tus sonoros llamados a seguir, por nada ni por nadie,
como las olas llaman de noche a los solitarios,
con timbres destemplados y chasquidos de agua y aire.

Suena cada nota como el vacío caracol
sin aparente distinción, el fa de hoy, el fa de ayer
como el caracol, el mundo ayer, el mundo de hoy.

Una y otra vez, las mismas notas sobre cinco oscuridades
en distintas melodías, con diferentes arrullos.

Tu taburete antiguo, tu felpa descuidada,
¡eres la máquina del alma!, llena de murmullos,
imperfecta; duro autor de improvisadas fugas

hermosa y perfecta caja de infinitas veladas
amo del amor, sobrio jacinto atrapando el esplendor
de un jardín que te escucha, hombre, mujer,
eres el espacio cuando bramas y la soledad en mi cajón
de fotografías neutras; estás allí, siempre;
pero a veces no; algunas mañanas desapareces.

El mar de la pesca

Vuelvo sobre ti esta noche
amada incoherencia del fugitivo
a regocijarme con tu golpe lunático
incitando a morir ahogados
a los desilusionados del mundo, hundido,
que barre cada esquina la basura de niños
sin dejar algún rastro adulto.

Quiero nuevos enigmas
otras canciones y otros gestos;
voy a quedarme durmiendo a la hora de la pesca,
no te quitaré nada esta vez;
despertaré y tu exacta fragancia
me hará creer que te salvé de un estigma;
—y amanece, y el mundo cree que estás intacto;
nadie sabe de mis pesadillas flotando en tu océano;
tú, mar de las aves inquietas,
sólo tú sabes que te he robado algo del viento.

Surcos de la noche

Cuando se hace de noche
en cualquier parte. Sea al Sur
o sea al Norte,
y parece profunda la intemperie,
rememorando viejas maneras de morir
se va, con el color del cobalto,
el sol de brasas, el sol del tiempo atascado;
sea al Este, cuando mata los astros
sea al Oeste, cuando victimado,
se hecha a llorar sobre el piélago
y oculta así su pena
desleída en lágrimas,
diluidas en lo eterno.

Mar de la miseria

Desde que sufría en alta mar,
como un monje alpino
extraviado entre restos de balsas
sin religión ni pinos,
viendo inaccesible los muelles
abarloó, con serenidad
hasta quedar quieto en el agua turbia,
donde el pobrerío se baña
y deja manchas de negrura flotando.
El marinero los vio. Eran bufones,
lanzados a boyar para ser útiles,
sin dejar de ser hombres,
hasta abandonarse en cualquier arena.
Un sol casi disfrazado,
un atisbo de calor ajeno
le partió el alma al marinero
que pensó, muchas veces, triste,
dejar la vida entre los alerces nevados
y nunca cerca de un camino.

Por fortuna para el timonel,
una profunda imagen, casi especular,

en el cielo, cambió al paisaje.
Los mares volvieron a estancarse
en el lodo helado;
en un frío punzante, sin sorpresas,
cayendo el agua polar
ahuyentando las boyas,
perfeccionó la soledad, aquel invierno magno;
contentando al marinero,
dejando solo al mar.

Mar de las ondulaciones

Adentro, al fondo, no sé...
donde sea que he caído,
encuentro los amores anemófilos
que tanto se han burlado de lo etéreo,
y sigo caminando
llevándome por delante los espinos,
y nada me duele, como me ha contado,
una vez un muerto, es la muerte.
Hay un océano profundo,
hay luz y oscuridad
hay paz, lucha y guerra
este lugar está lleno de sueños,
es obvio, es la tierra,
hay amor, olvido
árboles secos, retoños
hay una mujer que sobrepasa la grandeza
desafiando al cosmos,
es obvio, estoy vivo.

Índice

<i>Mar, vástago de hierro.....</i>	<i>5</i>
<i>Mar de Colombia.....</i>	<i>7</i>
<i>Mar de asimetrías</i>	<i>9</i>
<i>Mar de la nube roja.....</i>	<i>13</i>
<i>El mar, espejo de vidrio y cielo</i>	<i>17</i>
<i>El sueño epitáfico de Aarón.....</i>	<i>19</i>
<i>Mar del viajero.....</i>	<i>23</i>
<i>El Piano.....</i>	<i>25</i>
<i>El mar de la pesca.....</i>	<i>27</i>
<i>Surcos de la noche.....</i>	<i>29</i>
<i>Mar de la miseria.....</i>	<i>31</i>
<i>Mar de las ondulaciones.....</i>	<i>33</i>

